



DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por **Miguel Angel Garrido Gallardo**



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

aforismo. Del griego aphoritsein (“definir”), aphorismos; lat: aphorismus; ingl: aphorism; fr: aphorisme; it: aforismo; al: Aphorismus, port: aforismo.

Enunciado que propone un principio de forma clara, concisa y definitiva.

La longevidad de este género y la multitud de géneros afines dificultan una definición unívoca. Antropológicamente hablando parece que estos textos corresponden a la necesidad humana de resumir concisa y agudamente saberes e intuiciones sobre la realidad y el hombre. La tradición de los textos breves de índole reflexiva se inicia ya en los tempranos escritos religiosos como los libros sapienciales de la Biblia y su cultivo no se ha interrumpido hasta la actualidad. El aforismo se puede definir someramente como texto breve, agudo e independiente que acrisola una reflexión sobre la existencia humana. La pregunta de sí el aforismo es un género literario o no se puede contestar unívocamente porque, por un lado, depende de lo que se entienda por literatura y, por otro, en el caso de que se postula que uno de los componentes imprescindibles de la literatura es la ficcionalidad, resulta particularmente difícil rastrearla en este género por su extrema brevedad y la inexistencia de elementos ficcionalizables como figuras, tiempo y espacio. Sin embargo, las vivencias y problemáticas evocadas en los aforismos son altamente susceptibles de albergar ingredientes ficcionales. No son evocaciones de circunstancias reales y concretas sino posibles situaciones inventadas ad hoc y, por tanto, no reales sino ficticias. De modo que al lado de aforismos no literarios como los médicos, filosóficos o sapienciales existen aforismos altamente literarios como se intenta demostrar a través de los ejemplos citados. Se distinguen también por su evidente valor estético producido por el afán de agudeza y gracia, por el deseo de sorprender y hasta aturdir al lector mediante una asombrosa enajenación, el juego con la irracionalidad, la ironía y una brillante formulación. No hay que olvidar que los

aforismo

textos breves en general, pero más aún los que buscan la originalidad y la agudeza como el aforismo, la colaboración intensa del receptor es imprescindible si no quiere perderse el encanto y la satisfacción que proporciona este género elaborado en gran medida con ayuda de recursos retóricos.

De entrada, se presentan dos problemas fundamentales que dificultan la definición y descripción del aforismo, primero su longevidad y, segundo, el elevado número de géneros limítrofes con características afines: máxima, sentencia, adivinanza, proverbio, refrán, fragmento, adagio, axioma, apotegma, enigma, chiste, o, por qué no, la greguería. La voz griega *aphorismos* significa limitación y diferenciación. Son en cierto sentido dos conceptos que se realizan en el aforismo, porque suele delimitar un ámbito o una problemática particulares de la existencia humana y los enfoca desde una perspectiva distinta, original y diferenciadora. Antropológicamente hablando parece que el aforismo y los géneros afines responden a la necesidad humana de resumir concisa y agudamente saberes e intuiciones sobre el mundo y el hombre.

Como suele ocurrir con los géneros longevos, también el aforismo cuenta con una serie de precursores en diversos ámbitos culturales. Además es de suponer que antes de manifestarse por escrito contaba con una práctica oral muy extendida y prolongada. Como en otros ámbitos, el analfabetismo y la falta de medios de difusión condicionaban la transmisión de conocimientos y saberes por vía oral para los que la memoria constituía el único soporte. Hasta la actualidad sobrevive, por ejemplo, el proverbio como depósito predominantemente oral de reguladores de la convivencia, aunque su vigor deja bastante que desear en nuestra cultura contemporánea.

Una de las tradiciones escritas más antiguas del género se registra en la reflexión y la didáctica religiosas, particularmente en ámbitos cristianos, sobre todo a través de los libros sapienciales de la Biblia. El género más cercano al aforismo en la concepción que aquí se aplica se plasma en los libros *Proverbios*, el *Eclesiástico* o en las bienaventuranzas del *Nuevo Testamento*. Naturalmente no se excluye con ello la existencia y la supervivencia del género en otras religiones más tempranas o

coetáneas. En el ámbito de la filosofía, el aforismo o géneros afines fueron cultivados por Epicuro, Séneca, Marco Aurelio, Erasmo, Bacon, Gracián, Quevedo, Lichtenberg y muchos otros. Bacon, fiel a la tradición de su tiempo, le dio la denominación de apotegma: *Apophtegms New and Old* (1625). Una de las dificultades definitorias es precisamente la separación del aforismo filosófico del literario porque los literarios, salvo si son meros testimonios de una actitud lúdica, también constituyen reflexiones sobre la vida, sobre el destino del hombre, sobre las eternas cuestiones del ¿de dónde?, ¿a dónde? y ¿por qué? del hombre y del mundo. H. Fricke en un artículo a propósito (1990) pregunta “¿Se puede filosofar poéticamente?” y como era de esperar contesta afirmativamente. Como veremos más adelante, una notable dificultad a la hora de definir uno y otro es la de precisar los límites entre el aforismo filosófico y el literario.

Propongamos, pues, ahora, como hipótesis de trabajo la siguiente definición del aforismo que iremos puliendo y ampliando a lo largo de estas líneas: el aforismo es un texto breve, agudo e independiente que acrisola una reflexión sobre la existencia humana.

La denominación aforismo se inaugura en el ámbito de la medicina en el célebre *Corpus Hippocraticum* iniciado por el médico griego Hipócrates y su escuela. Reúne una serie de axiomas médicos en textos breves que se interrelacionan, en primer lugar, por la temática médica en general y, luego, por algunos tópicos particulares de la materia. Ya en Hipócrates hallamos una ampliación de la perspectiva meramente médica hacia lo antropológico y existencial: asegura, por ejemplo, que la vida es breve pero largo el arte, aforismo legado a la posteridad en la versión latina: *vita brevis – ars longa*. Este aspecto apunta ya a una permanente característica sobresaliente del aforismo: su brevedad, su concisión y su independencia, como veremos con más detalle. La línea de los aforismos médicos se conserva hasta en la modernidad como se puede comprobar en los *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis* del autor holandés Herman Boerhave (1709). En la actualidad algunos eslóganes publicitarios vienen con ademanes de proceder de los aforismos médicos, como el de un agua mineral que afirma que “no pesan los años, pesan los kilos” o un estimulante que sostiene que “Red bull te da alas”.

aforismo

Si se rastrea la evolución del género se descubre que el aforismo también está sometido a modas. Tal vez adquirió su configuración clásica y literaria con Vauvenargues y La Rochefoucauld en la Francia de los siglos XVII y XVIII. Es a partir de la obra de estos dos autores que se puede hablar realmente del aforismo creado con un consciente afán literario. Aparte de la elaboración como mera afirmación, ambos emplean también frecuentemente fórmulas como la definición* “Quand on ne trouve pas son repos en soi-même, il est inutile de le chercher ailleurs”, [Si uno no encuentra descanso en sí mismo es inútil buscarlo en otra parte], (La Rochefoucauld, *Maximes*) y la comparación: “Les conseils de la vieillesse éclairent sans échauffer, comme le soleil de l’hiver”, [Los consejos de la vejez iluminan sin enardecer, como el sol de invierno], (Vauvenargues, *Reflexions et Maximes*).

A partir del Romanticismo se hacen más frecuentes la ironía y el juego de palabras como recursos aforísticos como se puede observar, por ejemplo, en los *Fragmente* (Athenaeums-Fragmente de 1797–1798) de F. Schlegel. Nace el prurito de introducir asociaciones lúdicas, combinaciones imprevisibles y exageraciones inesperadas, el afán por una configuración exigente, en general. En todos estos autores, tanto en los franceses como en los alemanes, llama la atención la variedad de denominaciones para designar el género que ya mencioné al principio. Surge incluso la pregunta de si la moraleja en las fábulas no es un tipo de aforismo o una prueba de que un texto puede declararse aforismo al sacarlo de su cotexto sin que pierda las características del género. Parece que ni siquiera haga falta que se cree expresamente como tal aforismo. Aislándolo se puede convertir perfectamente en ejemplo sin que exista una declaración manifiesta de haber sido creado como tal.

¿Cómo podríamos caracterizar el “espíritu” del aforismo? Todo apunta a que el pensamiento aforístico es muy característico de tiempos de crisis porque ofrecen o casi exigen como ningún otro tiempo o situación la posibilidad de superar circunstancias consideradas como inamovibles; exigen renunciar a tendencias tradicionales e invitan a dominar los enigmas existenciales a través de cauces no consuetudinarios. Con todo, no se disimula la precariedad de los

Kurt Spang

conocimientos aforísticos, porque no pueden por naturaleza llevar a resultados universalmente válidos.

En la mayoría de las obras aforísticas se manifiesta la tendencia a rehuir el pensamiento sistemático jugando libremente con la concisión, la gracia, la agudeza y la paradoja con el fin de conseguir algo inconcluso que no tolera lo definitivo y siempre cuenta con la colaboración del lector. Es innegable la relación del pensamiento aforístico con la reflexión filosófica pero se distingue de ésta por la creación de un ambiente irrespetuoso y frívolo, o por lo menos divertido, que a menudo hace nacer una sonrisa de complicidad en el receptor. Acaso también se diferencia porque el aforismo está desgajado de una teoría o un planteamiento teórico sistemático e interpretativo. No es la conclusión de una argumentación previa o de un ensayo.

El poeta aforístico no es radicalmente escéptico y pesimista, acepta lo dado; y ello tanto desde las actitudes liberales y ateas como se observa en la producción de Nietzsche o Benjamin como desde el mundo de la fe como constatamos, por ejemplo, en las *Pensées sur la religion* de Pascal o en la obra de Bergamín o Kierkegaard. No es conformista, ni nostálgico, no acepta ideas preestablecidas ni diría jamás que “cualquier tiempo pasado fue mejor”, antes bien es escéptico en relación con los conceptos rutinarios y asume una actitud subversiva y respondona.

Por todo ello el aforismo se fundamenta en la ocurrencia entendida como súbito descubrimiento de un ámbito o de una problemática hasta ahora descuidados; se percibe como el remate de una idea, el último eslabón de una larga cadena de reflexiones con la diferencia de que aparentemente acaece súbitamente; sin embargo, los aforísticos afirman que las ocurrencias graciosas no salen de la nada e insisten en su relación con un saber inconsciente previo. “La agudeza es una explosión del espíritu encadenado” opina F. Schlegel. El poeta aforístico no procede según un método deductivo o inductivo sino percatándose inmediatamente de la verdad a través de un pensamiento intuitivo y perceptivo. Es asistemático por naturaleza, se aproxima a su objeto en continuas acometidas reflexivas que no se relacionan siempre lógicamente entre sí. No concluye de inmediato y es consciente de la limitación de su quehacer. Los mismos aforísticos se han explicado a

aforismo

menudo apelando al aspecto psicológico de su tarea. Están de acuerdo en destacar la aparición súbita, el origen inescrutable de la idea. Estos conceptos explican la ambivalencia de la creación del aforismo, la participación de componentes racionales e irracionales. Parece que el lado irracional predomina tanto que uno podría dudar de la validez general de lo enunciado. Sin embargo, tanto el análisis del aforismo como la estructura de la agudeza demuestran la existencia de ingredientes lógicos. La misma agudeza y la concisión enunciativa que ostentan los aforismos niegan que sean mero producto de la casualidad.

Como en cualquier texto, también en el aforismo la separación de forma y fondo es un tanto esquizofrénica porque no hay fondo sin forma ni forma sin fondo. Sin embargo, resulta a veces aclaratorio intentar, por lo menos hasta donde sea posible, señalar los aspectos que apuntan a una particularidad predominantemente formal o de contenido y sus estrechas interrelaciones.

Veamos primero aspectos preferentemente formales. Una de las características más sobresalientes del aforismo es, como hemos señalado ya, la brevedad y la concisión que constituyen sus aspectos más llamativos y palpables. Inevitablemente la brevedad repercute también en la elaboración del fondo, en la argumentación, si es que en estas circunstancias se puede hablar de argumentación. Brevedad significa en la inmensa mayoría de los casos un texto cuya extensión oscila entre una o dos oraciones. Ahora bien, también existen aforismos más extensos. Los mismos aforismos del *Oráculo manual* se componen de un enunciado principal, generalmente una oración, y un comentario explicativo más largo, pero no por ello menos aforístico. En la antología de J. Bergamín (1983) *Aforismos de la cabeza hablante* encontramos textos de una o incluso de dos páginas que ya rozan un posible género nuevo que podríamos calificar de “microensayo” y hay muchos otros de entre 5 y 15 renglones. Lo mismo ocurre en el *Juan de Mairena* de Antonio Machado. A pesar de todo, el aforismo no deja de ser un texto breve y a menudo brevísimo, es la miniatura entre los textos líricos.

Sin embargo, la sola brevedad* no basta para definir el aforismo como lo intenta hacer Varo Zafra (2010, 298): “Parece que sólo la

brevitas y la prosa* permanecen como rasgos comunes de una serie de textos que se confiesan aforismos”. Ciertamente deben concurrir más componentes para que un texto breve sea aforismo. Ya rozamos el asunto más arriba, en este orden de ideas cabe preguntarse si el aforismo solo es aforismo si aparece junto con otros textos de la misma índole en una antología o si el texto individual y aislado ya tiene derecho de ciudadanía genérica. Con otras palabras, ¿es el texto que se distingue como aforismo o solo lo es en compañía de otros? Si necesitara escolta el criterio de la brevedad dejaría de ser aplicable. La propia independencia de cada aforismo y la posible intercambiabilidad, incluso en las antologías, apunta también a que es el texto suelto e individual que debe considerarse aforismo.

Algunos rasgos característicos se añaden a la brevedad. Tal vez los más importantes se encuentren, en combinación con esta brevedad imprescindible, en los recursos estilísticos y retóricos. Al hablar de estos recursos la clara separación entre el contenido y la forma resulta aún más difícil ya que con ellos precisamente se intenta conseguir un efecto contenidista con las modificaciones formales. La característica predominante de un primer grupo de recursos es la intención de provocar sorpresa y una especie de aturdimiento en el receptor mediante formulaciones imprevistas e imprevisibles. Es evidente que el procedimiento estimula al lector a releer, a ponderar y a buscar el posible sentido oculto de una afirmación. Cuatro son los recursos característicos que H. Fricke (1992) menciona en un artículo sobre el aforismo: el neologismo, el juego de palabras*, la alusión y la tergiversación.

El neologismo es un recurso exigente y estimulante especialmente para el lector hispanohablante ya que la creación de neologismos todavía es menos frecuente en español que en otros idiomas y resulta, por tanto, más extraño pero también despierta más interés; la formulación “tener fama de contrafamas” (228) de Gracián todavía hoy sigue siendo neológica. El juego de palabras*igualmente es una frecuente forma de “aturdir” al receptor. La relación entre el neologismo y el juego de palabras puede ser muy estrecha como lo muestra el aforismo de J. Bergamín, cuando junto con un juego de palabras, introduce varios neologismos: “El nacionalismo patriótico mira al

aforismo

porvenir; el matriótico, al pasado. El nacionalismo que sólo mira a lo presente es un nacionalismo mortal: un patrioterismo y matrioterismo suicida” (15-16). La alusión como tercer recurso sorprende y aturde en el sentido de que a primera vista resulta extraña y obliga al lector* a buscar la persona o la circunstancia escondida detrás de la alusión; y ello presupone el conocimiento de personas, situaciones o frases hechas* que en el aforismo se presentan alteradas y enajenadas. Cuando Oscar Wilde recomienda: “Perdona siempre a tu enemigo. No hay nada que le enfurezca más”, obviamente utiliza la frase bíblica para darle una vuelta irónica. La tergiversación intencional de proverbios o refranesdándoles un sentido diverso o contrario al original tampoco deja de aturdir. Hace ya algunos años surgió la moda de tergiversar proverbios o frases hechas con intensión lúdica y humorística como en “Ojo por ojo, jejentaycuatro” cuya gracia reside en el juego fonético o en “Cualquier tiempo pasado fue anterior” de reminiscencias greguerísticas. Un caso original y humorístico se de tergiversación de una frase hecha se manifiesta en una, esta vez auténtica, greguería* de Ramón Gómez de la Serna que dice “Nunca es tarde si la sopa es buena”, que corrompe el refrán “Nunca es tarde si la dicha es buena”. Este mismo recurso se puede plasmar también por mera inversión* de elementos, a menudo formulados como quiasmo*, como ocurre hasta dos veces en el aforismo de J. Bergamín (23) “Hay muy pocos hombres que cumplan un siglo. Pero tampoco hay muchos siglos que cumplan a un hombre... Un siglo es raro para un hombre. Un hombre —lo que se dice un hombre— es raro para un siglo”.

Una segunda serie de recursos funciona introduciendo acertijos en el aforismo, constituyen algo como formas de “enigmatización” del texto. El enigma* siempre reta la imaginación del receptor* porque requiere una solución, el adivinar un enunciado trópico y arcano. En términos actuales se podría hablar del aforismo como género interactivo en el sentido de que sin la cooperación activa del receptor* el significado del texto no se revelará. A pesar de que cada género, cada texto, en cierta medida es interactivo porque cada lectura* irremediabilmente requiere la colaboración más o menos intensa del lector*, en el caso del aforismo esta colaboración debe ser todavía más

Kurt Spang

intensa por la concisión*, el laconismo* y la agudeza* propios del género; sin esta aportación el lector corre peligro de que se le escape el mensaje y sobre todo la gracia* de muchos aforismos. El rompecabezas es acaso el más potente procedimiento de “activación” del receptor* porque éste tiene que buscar la explicación de un texto aparentemente inaccesible o con interpretaciones* múltiples. La labor de búsqueda hace también que la solución encontrada se grabe más intensamente en la memoria. Los procedimientos de enigmatización son varios. El menos complejo es la pregunta*, muy frecuente en la enunciación de aforismos. Puede formularse como interrogación real para la que el autor al parecer no tiene respuesta o como pregunta retórica*. Ahora bien, no suelen ser preguntas baladíes. Cuando Bergamín afirma que “El alma es memoria; el cuerpo, olvido. Si la memoria, por la palabra, es alma de la historia, ¿tendrá también la historia, en la palabra, cuerpo de olvido? (15), la respuesta no es obvia, es más, a lo mejor no la hay. En ambos casos, en la pregunta real como en la retórica se suscita el interés del receptor* que siempre tiende a contestar apelando a su experiencia y su saber. También puede servir de muestra lograda de una pregunta penetrante el aforismo de Alberti que solo consta de este pareado: “¿Será posible un odio en carne viva/los años y los años?”.

La enigmatización puede plasmarse también en una metáfora o una comparación. La metáfora de por sí posee un fondo enigmático y requiere la colaboración del lector para averiguar la realidad que esconde el sustituyente. J. Bergamín afirma que “La razón es la única loca de la casa: una loca muy de casa”. Probablemente alude a la frase de Santa Teresa que sostiene que “La imaginación es la loca de casa” aplicándola a la razón. La comparación* entretiene un parentesco muy estrecho con la metáfora; en ella también habrá que buscar el *tertium comparationis* para “descifrar” el texto, como ocurre en la aserción aforística del autor alemán K. Tucholsky: “Shaw. No es tan serio como aparenta ser gracioso”. Puede convertirse también en rompecabezas a través de la paradoja. Llama la atención y estimula a hallar sentido en lo aparentemente ilógico. Se atribuye a Rabindranath Tagore la frase, fruto de sabiduría y experiencia, “Si cierras la puerta a todos los errores, dejarás afuera la verdad”. También aflora una paradoja en el aforismo de La Rochefoucauld quien afirma que es una gran locura querer ser sabio a solas. (“C’est une grande folie de vouloir être sage tout seul”).

aforismo

Empezando con los más generales veamos a continuación algunos aspectos de contenido del aforismo, aquellos que caracterizan su creación y la actitud fundamental que le subyace. En todas las obras aforísticas se manifiesta la tendencia a rechazar el pensamiento sistemático para poder jugar con virtuosismo, gracia y agudeza para conseguir así un texto inconcluso que rehúye lo definitivo. Es decir, el aforismo no solo es forma de expresión sino también es reflejo de un modo de pensar. De ahí su innegable relación con la reflexión filosófica de la que se aleja a través de la creación de un ambiente irrespetuoso y frívolo que constituye su encanto y a menudo hace nacer una sonrisa de complicidad en el receptor.

A pesar de que en el poeta aforístico se observa claramente el afán de denunciar las debilidades humanas de siempre o las de un momento determinado no es aprensivo ni pesimista, acepta su entorno e intenta analizarlo según sus actitudes y facultades personales. Solo es escéptico en relación con las ideas heredadas y no evidenciadas.

La ilación de rasgos racionales e irracionales constituye uno de los encantos del aforismo. Asuntos lógicos y severamente objetivos se visten de formulaciones individuales e íntimas. La aspiración de abandonar la vía acostumbrada de concebir la idea, de intentarlo con el aspecto contrapuesto y de introducir así a priori la desconfianza conduce a paradojas* que pueden constituir la gracia* del aforismo. Gran parte de los aforismos vive de la revalorización y la transmutación de valores consagrados.

F.H. Mautner (1933) afirma que las dos formas principales de la creación aforística son la "ocurrencia" y la "aclaración". La ocurrencia se entiende como súbito descubrimiento en un ámbito hasta ahora oscuro; aclaración quiere decir acrisolamiento de una idea que aparecerá como el último eslabón de una larga cadena.

En la consideración del contenido del aforismo deben tenerse en cuenta aspectos como la falta de razonamiento lógico, el gusto por la alusión y la ausencia de intenciones persuasivas directas aunque la impresión que suele producir el aforismo en el lector es la de que

Kurt Spang

aparentemente su autor está convencido de la visión de la vida y del mundo que se desprende de su texto. Acaso debamos distinguir entre el deseo de persuadir y el de aconsejar, porque no pocas veces el aforismo se presenta como recomendación. A. Machado (1971, 44) tras una reflexión más extensa concluye que “El Demonio, a última hora, no tiene razón; pero tiene razones. Hay que escucharlas todas”. El aforismo plantea de improviso e inmediatamente un problema o una situación relevante sin presumir respetar los esquemas lógicos, renuncia a razonamientos y explicaciones, y no le importa ser intolerante y contundente. Su actitud fundamental es constatativa y alusiva a la vez. La plenitud significativa del aforismo sólo se capta a través de una intensa cooperación para la que el receptor debe aportar su dedicación, su bagaje cultural y su experiencia. No se puede leer superficialmente el siguiente aforismo de J. Bergamín que, aparte de ser una demostración del hecho de que el aforismo no siempre es un texto brevísimo, revela también que su interpretación requiere una dedicación atenta y una colaboración intensa del receptor. Reza así: “El cinismo es todo lo contrario de la hipocresía porque es la máscara moral de la sinceridad. O dicho de otro modo: es la sinceridad moralmente desenmascarada. Ser cínico es la única manera moral de ser sincero. Tartufo es el antípoda de Don Juan” (49). Se contraponen hipocresía y sinceridad sosteniendo que la sinceridad no es posible sin cinismo. Esta conclusión puede resultar criticable pero en la actitud aforística no es rara este talante irónico y sarcástico.

Tampoco debe producirse la impresión de que el aforismo es un ejercicio de oscurecimiento por parte de los poetas, su afán no es el de dificultar la lectura sino el de buscar la formulación más adecuada, acaso también la más original* y aguda. El buen poeta aforístico no busca la opacidad* por la opacidad, si su texto parece oscuro o bien es porque el asunto que pretende mostrar es oscuro o bien porque la concisión extrema dificulta el acceso fácil e inmediato. Lo que implica que la lectura del aforismo tiene que ser sosegada y a ser posible repetida.

La fragmentariedad es ante todo un recurso de índole contenidista sin perjuicio de tener que representarse en rasgos formales; significa como se decía al hablar del aforismo filosófico que el autor del aforismo no aspira a abarcar un todo acabado, se limita a proponer o a aludir a un

aforismo

tema o una problemática centrándose en un aspecto significativo; el aforismo es, por tanto, esencialmente sinecdótico por mostrar la parte de un todo. Aquí se trata de llamar la atención sobre el hecho de que el aforismo no tiene pretensiones de ensayo y desarrollo coherente de una tesis. A este respecto observa A. Bundgaard (2002, 88-89) “En la idea de lo fragmentario va implícita la idea de una totalidad y es justamente con relación al horizonte de un todo que se comprende la filosofía y el sentido del fragmento”.

Una importante particularidad de contenido del aforismo es su autonomía o independencia; esta particularidad puede comprenderse desde dos ángulos: primero significa que el aforismo no precisa para su comprensión e interpretación de un contexto situacional como los géneros narrativos y dramáticos que desarrollan un tema y crean una trama generando una historia*. Por otro lado, el aforismo también es temáticamente autónomo en el sentido de que incluso en compañía de otros aforismos expone un tema autónomo. En este sentido es independiente del texto circundante en el caso de que aparezca junto con otros aforismos dentro de una antología, que es, por lo demás, una forma de publicación frecuente de este género. Es más, como vimos ya, hay veces en las que se puede sacar perfectamente una oración de un texto y verificar sus características aforísticas independientemente de su contexto. Ahora bien, el aforismo entresacado de un texto más largo no deja de ser un caso límite. Por otro lado, la autonomía temática del aforismo no es absoluta; ocurre también que en una antología varios aforismos seguidos tratan del mismo tema o simplemente recogen una palabra clave evocada en el anterior como ocurre repetidas veces en los *Aforismos de la cabeza parlante* de J. Bergamín. No obstante, la afinidad temática tampoco en estos casos implica una dependencia radical dado que cada uno de estos aforismos no pierde su autonomía y es perfectamente soberano si se lee aisladamente.

Unos recursos particularmente activadores y estimulantes, que menciona H. Fricke (1992) en un artículo sobre el aforismo, son la exageración y la *omisión*. En ellas más que nunca se descubre la íntima relación existente entre la forma y el fondo porque cada uno de estos

Kurt Spang

recursos aparentemente se refiere al contenido si bien no puede prescindir de la correspondiente formulación lingüística. También resulta evidente su estrecha relación con procedimientos de la retórica clásica. Veámoslos más de cerca.

La exageración es uno de los grupos de recursos más potentes, porque toda exageración llama la atención en cuanto que constituye una salida de la normalidad. Habitualmente el receptor espera que la idea que se le presenta se mantenga dentro de los criterios y límites de la normalidad; se sorprende y se extraña si no se cumple esa expectativa. Esto es precisamente lo que ocurre con inacostumbrada frecuencia en el aforismo. La exageración se realiza a través de formulaciones extremas que no siempre se basan en la verdad pero que tienen la ventaja de animar al receptor a examinar los hechos enunciados acudiendo a sus criterios, conocimientos y experiencias personales. Los modos de realizar las exageraciones son diversos; Fricke distingue tres formulaciones específicas: el superlativo, en términos retóricos, la hipérbole. Se manifiesta, por ejemplo, en uno de los ya clásicos aforismos jurídicos que afirma que a mayor justicia corresponde mayor daño: “*summum ius, summa iniuria*”. Una segunda posibilidad es la antítesis; contrapone dos términos o conceptos contrarios como lo hace por ejemplo Gracián en “Conocer los afortunados, para la elección, y los desdichados, para la fuga” (31). El tercer modo, que igualmente es un tropo retórico es la definición. Antonio Machado (65) hace decir a Juan de Mairena: “El paleto perfecto es el que no se asombra de nada; ni aun de su propia estupidez”.

La omisión es el segundo grupo de recursos empleados con frecuencia en el aforismo y su parentesco con las figuras de omisión es palpable. No es menos frecuente que la exageración y en cierto sentido se opone a ella; si la exageración dice demasiado, la omisión demasiado poco. No es menos sugestiva y activadora de colaboración que la primera ya que el lector está obligado a “llenar los huecos” que deja el autor y tiene que recurrir a su experiencia y activar su imaginación*. Sin embargo, el autor debe procurar que la continuación de la idea iniciada sea rastreable en el propio texto. Como especies de omisión aforística Fricke menciona el ejemplo, el *exemplum* en términos retóricos, es decir, el texto evoca abreviadamente una situación que ilustra una verdad

aforismo

existencial. Juan de Mairena (45) dice “Cuando el saber se especializa, crece el volumen total de la cultura. Esta es la ilusión y el consuelo de los especialistas. ¿Lo que sabemos entre todos? ¿Oh, eso es lo que no sabe nadie!”. Otro tipo de omisión es lo inacabado realizado a través de la omisión de elementos normalmente imprescindibles como ocurre en la lacónica aserción de típico corte graciano: “Naturaleza y arte, materia y obra” (12). En el fondo es una comparación que iguala naturaleza y materia, por un lado, y arte y obra, por otro. Gracian la realiza con el número mínimo imprescindible de elementos. Parece que así ofrece al lector la posibilidad de llenar esta elipsis con todos los conocimientos de los que dispone para estos ámbitos. Finalmente, para “omitir” el autor puede recurrir al sentido oculto o al doble sentido de una palabra, es decir, a la diáfora; el doble sentido se esconde, por ejemplo, en la conocida “pensée” de Pascal que juega con las dos acepciones de la voz razón al afirmar que “Le cœur a ses raisons que la raison ne connaît pas”, [El corazón tiene sus razones que la razón ignora].

A estos recursos debería añadirse el humor o la sátira como posibles procedimientos aforísticos que perfectamente pueden incorporarse en casi todos los ya mencionados. Muchas réplicas que Oscar Wilde introduce en sus dramas y novelas, además de demostrar que el aforismo no tiene por qué ser una frase aislada creada como tal, son muestras fehacientes de la humorización. “La única manera de librarse de una tentación es caer en ella” afirma en *El retrato de Dorian Gray*. “Los hombres se casan por cansancio; las mujeres por curiosidad. Ambos quedan defraudados”, explica en *Una mujer sin importancia*.

Tras este repaso de diferentes recursos formales y de contenido aforísticos cabe preguntarse ¿qué es lo que hace literario a un aforismo? O incluso antes habrá que preguntar si existe el aforismo no literario. La última pregunta puede contestarse afirmativamente, sí existe el aforismo antes o independientemente de que adquiera categoría literaria. Evidentemente, la literariedad del aforismo depende, en primer lugar, de lo que se entienda por literatura. Si todo texto bien escrito es literatura la inmensa mayoría de los aforismos son indudablemente textos literarios. En cambio, si se exige que la literatura

Kurt Spang

se defina, como todo arte, por determinados componentes conceptuales, formales y funcionales como propongo en mi *El arte de la literatura* (Spang, 2009,131-324) las cosas cambian. Es fácil comprobar que en el aforismo se cumplen los requisitos conceptuales de tema, fondo y mensaje. También es evidente que en este género se realizan los componentes formales del lenguaje como sustrato, de la pertenencia a un modo, en este caso el lírico, y que constituye un género propio; incluso resulta evidente que uno de sus componentes funcionales es la comunicación. El único componente funcional que no parece realizarse claramente en el aforismo es la ficcionalidad.

El concepto de ficcionalidad que subyace a estas reflexiones es el que propone J.M. Schaeffer (1999) quien la caracteriza como un “fingimiento lúdico compartido”, un hacer como si del autor con el consentimiento del lector. De hecho, es el germen mismo de la ficción puesto que presupone el “como si” antes de la pragmaticidad de la historia factual. Y este fingimiento se realiza a través de “modelizaciones* ficcionales” que construyen modelos de realidades con mayor o menor proximidad y similitud a la realidad real. Estas se generan comúnmente en la invención de figuras, espacios y tiempos, es decir, en la creación de historias más o menos verosímiles. Como el aforismo, ante todo por su extrema brevedad, no puede proponer una historia cabe preguntarse ¿dónde puede residir la ficcionalidad de un aforismo? Cabe preguntarse si los elementos materiales de una historia narrativa o dramática son los únicos capaces de suscitar ficcionalidad*. ¿No se puede inventar también un tema? ¿No se puede fingir una problemática? En el fondo todos los aforismos son ejemplos de astutas invenciones de posibles situaciones vivenciales y existenciales; desde luego, no son reproducciones fieles de vivencias concretas y reales aunque no cabe duda de que teóricamente pueden ser las de cualquiera y para ser ficcionales incluso deben serlo. La condición de la posibilidad de que el aforismo se pueda comunicar y entender es que la circunstancia aludida sea común y comprensible. No significa que cada lector deba haber vivido la problemática evocada, pero sí que la pueda imaginarla como posible. Es más, aunque el aforismo carece de historia coherente a menudo crea una figura siempre anónima. Así en un aforismo de Alberti (1961, 553) surge la figura de un poeta en representación de todos los poetas. Alberti recomienda: “Poeta, por ser

aforismo

claro no se es mejor poeta./Por oscuro, poeta —no lo olvides— tampoco”. Esta recomendación advierte de que ni la claridad ni la oscuridad son garantías de poeticidad. Es algo más que Alberti no nos revela en este texto que es una demostración de que en el aforismo siempre queda como una sugestión un estímulo para que el lector complete lo sugerido con aportaciones suyas. El núcleo de la poeticidad puede estar aludido también en el aforismo bergaminiano: “La poesía desenmascara la vida de verdad, enmascarándola de transparencia” (62). Naturalmente puede aparecer en el aforismo una alusión espacial como en “Sébase que hay vulgo en todas partes” según recuerda Gracián (206) o temporal como en “No se ha de querer ni aborrecer para siempre” (217) del mismo autor. En los tres casos los elementos “históricos” no llegan a crear una verdadera historia*, tampoco es la finalidad del aforismo, sino más bien la de sugerir la ejemplaridad, lo modélico de la evocación.

En un aforismo que sostiene que “La música nos engaña siempre porque no puede nunca cumplir una palabra que no tiene. (Bergamín, 1983, 52) se revela claramente que la ficcionalidad aforística no puede residir en la simulación de una situación posible sino en la invención de una problemática o de una vivencia posibles. Curiosamente, en este texto sin trama ni historia se está jugando, sin embargo, con una personificación de la música que carece de palabra y es capaz de engañar. Debido a las restricciones que le impone su extensión y su intención la ficcionalidad del aforismo es obligatoriamente más difusa y más difícil de asir pero en casi todos se crea un clima de concreción que, desde luego, hace posible su comunicación y suministra suficientes datos para que el receptor imagine una situación vivencial que le corresponde.

Se puede concluir que la inmensa mayoría de los aforismos poseen por lo menos un amago de ficcionalidad. Evidentemente, como siempre hay casos límite y solapamientos, aforismos que se asemejan a la máxima, la reflexión o la sentencia filosófica, no siempre va a ser posible distinguir claramente unos de otros, los meramente filosóficos de los literarios. En los inevitables casos de duda podemos consolarnos con el

Kurt Spang

hecho de que la mayoría de los aforismos resultan estéticamente logrados. M. Neila (2004-2005, 38-48) opina que el aforismo “es un pensamiento de frontera en el que cuenta no sólo la brevedad de la forma, sino también la veracidad del contenido, amalgamadas por la agudeza de la visión”.

Una mención aparte merecen las greguerías cuya creación y difusión corre a cargo de Ramón Gómez de la Serna y a las que se dedicará una entrada específica en este diccionario. Baste aquí llamar la atención sobre el hecho de que muchas greguerías apenas se distinguen de los muchos aforismos en los que se aprecia una nota de humor. Tal vez cabe destacar que en la inmensa mayoría de las greguerías se manifiesta un talante cándido y un afán lúdico muy intensos que en el aforismo solo se hallan ocasionalmente con esta viveza. Ello no quiere decir tampoco que las greguerías apunten exclusivamente a sorprender por su extravagancia destinada a suscitar una sonrisa en sus receptores y que por ello carezcan totalmente de profundidad.

Tal vez sea demasiado lacónica la fórmula definitoria que propone el propio Gómez de la Serna cuando afirma “humorismo + metáfora = greguería”, porque en esta minidefinición faltan elementos importantes como la brevedad y otros detalles de forma y contenido; tampoco todas las greguerías se plasman sobre la base de una metáfora. Sin embargo, la fórmula insiste en el aspecto del humorismo que casi nunca falta, incluso en momentos en los que parecen tocarse temas de cierta seriedad como cuando Gómez de la Serna afirma que “la muerte es hereditaria” o que “la naranja, bajo su gorra de oro, tiene vendada la cabeza”. Más típico del espíritu greguerista resultan, sin embargo, greguerías como “si te conoces demasiado a ti mismo dejarás de saludarte”. Parece que el autor se propone principalmente desviar la inteligencia de los inveterados modos de enfrentarse a la realidad para mostrarle vías más divertidas de contemplarla sin perder totalmente la vinculación con los cauces de la racionalidad. Parece más bien una apelación a la razón para que desentrañe la distorsión evocada en el texto para que nos demos cuenta de que la realidad también puede contemplarse desde un ángulo distinto: “El agua se suelta el pelo en las cascadas”. La greguería es como una brisa fresca en el paisaje normalmente serio, juicioso y grave del aforismo.

aforismo

El aforismo viene a presentarse como un género más serio y de más consistencia en el que generalmente se contempla la existencia y la realidad desde una perspectiva reflexiva y profunda que, sin embargo, no renuncia a los encantos de una formulación aguda y elegante, tampoco a la nota irónica que luego se graban en la memoria. Lo vemos reflejado perfectamente, también por circunstancias actuales, en el siguiente aforismo dialogado de A. Machado (54) “— Ah, señores... (Habla Mairena, iniciando un ejercicio de oratoria política). Continúe usted, señor Rodríguez, desarrollando el tema. —Ah señores, no lo dudéis. España, nuestra querida España, merece que sus asuntos se resuelvan favorablemente. ¿Sigo? —Ya ha dicho usted bastante, señor Rodríguez. Eso es toda una declaración de gobierno, casi un discurso de la corona”. Y yo no tengo nada que añadir.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberti, R., «Cármenes» en *Poesías Completas*, Buenos Aires, Losada, 1961, 553-560.
- Bergamín, J., *Aforismos de la cabeza parlante*, Madrid, Turner, 1983.
- Boerhave, H., *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis*, Leiden, 1709.
- Bundgaard, A., «Fragmento, aforismo y escrito apócrifo: formas artísticas del pensamiento», F. García Casanova, (ed.), *El Ensayo. Entre la filosofía y la literatura*, Comares, Granada, 2002, 67-94.
- Estébanez Calderón, D., *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1996, 20-21.
- Fricke, H., «Kann man poetisch philosophieren? Literaturtheoretische Thesen zum Verhältnis von Dichtung und Reflexion am Beispiel philosophischer Aphoristiker», in: D. Gabriel, C. Schildknecht (ed.) *Literarische Formen der Philosophie*, 1990, 26-39.
- Fricke, H., «Aphorismus», *Historisches Wörterbuch der Rhetorik*, ed. G. Ueding, Tübingen, Niemeyer 1992, vol. 1, col. 773-790.

Kurt Spang

- Gracián, B., *Oráculo manual y Arte de prudencia*, M. Romera Navarro (ed.) Madrid, CSIC, 1954. (Las citas de aforismos van entre paréntesis según la numeración de esta edición).
- Grenzmann, W., «Aphorismus», *Reallexikon der Deutschen Literaturgeschichte*, Berlin, W. de Gruyter, 1958, 94-97.
- Machado, A., Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo. (1936), J.M. Valverde (ed.), Madrid, Castalia, 1971.
- Mautner, F. H., «Der Aphorismus als literarische Gattung», *Zeitschrift für Ästhetik und allgemeine Kunstwissenschaft*, 27, 1933, 132-175.
- Neila, M., «La levedad y la gracia. Acerca de los aforismos y sus formas», *Turia*, 71-72, 2004-2005, 38-48.
- Schaeffer, J.M., *Pourquoi la fiction?*, Paris, Seuil.
- Schalke, F., «Aphorismus», *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1971, vol. 1, col. 437-439.
- Schelling, F., *Fragmente* (Athenaeums-Fragmente), 1797-1798, ed, A. Huysen, Stuttgart, Reclam, 1986.
- Schwob, M. *El deseo de lo único: teoría de la ficción*, Madrid, Páginas de espuma, 2012.
- Spang, K., *Géneros literarios*, Madrid, Síntesis, 1993, 65.
- Spang, K., *El arte de la literatura. Otra teoría de la literatura*, Pamplona, Eunsa, 2009.
- Varo Zafra, J., «El aforismo, género y concepto», *Revue Romane* 45, 2010, 296-314.

Kurt SPANG

Universidad de Navarra